

La escritura invisible de las muchachas

A Philippe Lejeune, maestro de la autobiografía y de la amistad

MANUEL ALBERCA es profesor de Literatura Española de la Universidad de Málaga, autor de *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo* (prólogo de Philippe Lejeune), Sendoa, 2000, y de *la biografía Valle-Inclán, la fiebre del estilo*, Espasa, 2002. Prepara un libro sobre las «autoficciones» españolas e hispanoamericanas con el título de *El pacto ambiguo*.

TENGO QUE RECONOCER que, cuando comencé a estudiar la escritura diarística de las personas comunes, no me había propuesto en principio sondear los diarios de los adolescentes, sino comprobar sólo la existencia de dicha práctica en la actualidad. Sin embargo, las investigaciones realizadas vinieron a confirmar algo que podíamos presumir, pero que había que probar: el diarismo más numeroso y relevante desde el punto de vista socio-cultural es el escrito por las mujeres durante la adolescencia. Por eso, este artículo está dedicado a los diarios de las adolescentes y, de forma particular, a dos diarios de este tipo que me fueron confiados personalmente por sus autoras, al tiempo que me autorizaron a su difusión: el *Diario de Antonia* (pseudónimo) (1978-1979) y el *Diario de Ester* (1979-1985).

El diario y la adolescencia sufren parecidos prejuicios. Ambos tienen una similar «mala prensa». Tenemos una imagen muy estereotipada de los adolescentes, que los «medios» simplifican, difunden y amplían. La adolescencia, conocida despectivamente como «la edad del pavo», y los adolescentes, descalificados con displicencia como los «eternos incomprendidos», convocan unánimemente el rechazo y la incompreensión social, que se convierte a veces en auto-rechazo, como veremos en los diarios que presento aquí. Del mismo modo, sobre los diarios pesa por lo general un prejuicio que los condena al ostracismo. Se los repudia, al mismo tiempo, por exhibicionistas y por secretos, también por inmaduros y narcisistas. Estos prejuicios, aunque son injustos y deforman las virtudes de esta práctica cultural, no tendrían tanta importancia si no fuera porque acaban influyendo en los propios adolescentes que se ven doblemente «raros», por adolescentes y diaristas, y porque repercute en la conservación de los cuadernos.

Por lo general los diarios de los adolescentes saltan sólo a las páginas de los periódicos, cuando algún hecho escandaloso o violento les concede alguna repercusión informativa. En los últimos años (hablo de memoria), cuando la prensa se ha hecho eco de éstos ha sido en razón de muertes violentas (el diario de uno de los adolescentes que asesinaron en 1999 a una veintena de compañeros de su instituto en Estados Unidos o los

diarios del joven madrileño que mató a un hombre en un juego de «roler» llevado hasta sus últimas consecuencias) o en razón de algún tema más o menos escandaloso (los diarios de las jóvenes gimnastas españolas que registraban las humillaciones y abusos a que las sometían sus entrenadores).

Los diarios de las «señoritas casaderas» del siglo XIX

El precedente histórico de los diarios de las adolescentes actuales hay que buscarlo en los diarios de las «señoritas» del siglo XIX. Sabemos que el gran momento de desarrollo y difusión de la escritura diarística se produjo en ese siglo. Los estudios de A. Girard, B. Didier, Ph. Lejeune, en el campo literario, y los de historiadores como M. Perrot y A. Corbain, han permitido describir un cuadro bastante convincente de dicha práctica, que no es posible extrapolar sin más a España, pues faltan los estudios sobre este periodo, pero en sus rasgos más característicos la práctica diarística común en nuestro país —no sé si la literaria también— debió ser parecida a la que se desarrolló en Francia.

En el siglo XIX el diario se establece como un nuevo y pujante género literario y se consolida como una práctica social y educativa aconsejada normalmente a las «señoritas», burguesas y aristocráticas, «en edad de merecer». Por tanto, los datos que se conocen de la práctica social del diario en el XIX permiten asegurar que ésta era fundamentalmente femenina, adolescente *avant la lettre* (en la medida que dicha edad «no existió» antes del siglo XX) y burguesa. Burguesa por partida doble: por la procedencia social de sus practicantes y por el propio concepto económico burgués que inspira los diarios, según el cual la personalidad se va configurando como un balance de entradas y gastos, en consonancia con uno de sus posibles orígenes históricos, el «libro de cuentas» o «libro de familia», donde se anotaban las cifras de la economía familiar.

El gran momento del diario coincide, por lo tanto, con el del ascenso social y político de la

burguesía, y su desarrollo es paralelo al desarrollo urbano de las ciudades. La casa burguesa, con sus cuartos y servicios individuales, en particular la posibilidad de tener una habitación propia, refugio de la intimidad, es una condición material que permite y estimula la escritura del diario y guarda con ella una clara continuidad simbólica. Por el contrario, las muchachas de las clases populares, que normalmente no estaban escolarizadas o lo estaban mal, salvo excepciones, quedaban excluidas de esta práctica, pues además de la falta del estímulo cultural propio de la burguesía, carecían de las condiciones materiales y de hábitat que permiten alguna intimidad o aislamiento.

Su cultivo entre las jóvenes burguesas del siglo XIX tiene mucho que ver con el vacío temporal que se les abría entre el final de la infancia y el momento del matrimonio. De hecho eran una minoría las que recibían alguna formación profesional o laboral. En consecuencia no podían acceder al desempeño de un trabajo, y quedaban en ese tiempo a la espera resignada de una posible boda o, en su defecto, de la soltería o del convento. El diario venía a llenar los años entre el final de la escuela y el comienzo de la edad adulta, y servía además para prolongar o perfeccionar el aprendizaje de la escritura.

Los diarios se consideraban una tarea institucional, y de hecho la madre o la preceptora podían tutelar o vigilar mediante su lectura la preparación previa al matrimonio. A través del diario, las jóvenes casaderas interiorizaban unas normas sociales y aprendían un cierto dominio sobre sí mismas, al tiempo que auscultaban pensamientos y expurgaban culpas o pecados. Era por tanto una escritura inducida o impuesta, vigilada o tutelada por la familia o el entorno educativo de la familia nobiliaria o burguesa. Además existían manuales de cómo y qué debía anotarse en los cuadernos: es decir existían unas circunstancias propicias y una tradición que las jóvenes normalmente acataban. Esto no quiere decir que no hubiese también diarios espontáneos sin tutelaje, pero debieron ser escasos y se escribieron, según parece, en circunstancias excepcionales como viajes, estancias en pensionados o épocas en que las jóvenes escapaban a la vigilancia familiar o cuando pugnaban por escapar

a los roles sociales predeterminados del matrimonio, la soltería o el convento. Igualmente había muy pocas mujeres que continuaban el diario después de la boda.

Los diarios de las adolescentes del siglo XX

Las transformaciones sociales y culturales, producidas a lo largo del siglo XX, en especial durante la segunda mitad, permitían conjeturar que los cambios habrían afectado también a la práctica del diario, pero no sabíamos en qué sentido ni cómo. En Francia, por ejemplo, en los años treinta se habían hecho algunas encuestas que indicaban la pervivencia de este hábito cultural entre los jóvenes. M. Debesse, en su encuesta para estudiar la crisis de identidad de la adolescencia, sondeó a 114 jóvenes estudiantes. De ellos 44 habían llevado o llevaban diario. El autor matiza que estos datos deben entenderse como muy parciales y referidos sólo a los jóvenes que ostentan la condición de estudiantes, y puntualiza: «De haberse pasado la encuesta en un cine por ejemplo, la proporción habría bajado notablemente». Por su parte, la revista *Montalembert*, que en 1937 lanzó un llamamiento para que los jóvenes estudiantes opinasen o comunicasen su experiencia como diaristas, publicó las respuestas de los que contestaron. Éstas mostraban unos diaristas entregados y apasionados, junto a un grupo, igualmente vehemente, contrario a la práctica del diario, pero no cuantifica ni da cifras. Las encuestas de Lejeune en los ochenta y noventa vinieron a ratificar la vigencia de dicha práctica diarística en la actualidad y las encuestas realizadas en España vienen a coincidir en líneas generales con estos resultados.

Los elevados porcentajes de diaristas obtenidos en nuestras encuestas me siguen pareciendo sorprendentes, casi milagrosos, sobre todo si tenemos en cuenta la falta de tradición de publicar los diarios íntimos y, por consiguiente, de modelos literarios propios, como existen, por ejemplo, en Francia. Este es un hecho que no se puede menospreciar, pues, como A. Girard ha mostrado, el desarrollo del diario se intensifica en aquel país con la publicación de los primeros diarios

íntimos en el último tercio del siglo XIX, que se convierten, a partir de ese momento, en paradigma para otros diaristas.

En España, a pesar de esto, la tradición de escribir diarios ha pervivido. A falta de modelos literarios propios, el ejemplo más sobresaliente, por no decir el único, de nuestras adolescentes del último tercio de siglo lo constituye el *Diario de Ana Frank*. Muchas de mis encuestadas lo citan o reconocen explícitamente la influencia del conocidísimo diario. A éste cabe añadir los falsos diarios del abad francés Michel Quoist, *Dar. Diario de Ana María* y *Amar. Diario de Daniel*, que en los años sesenta se difundieron mucho en España. Pero, sobre todo, la trasmisión de esta práctica de escritura se ha producido, creo, por el boca-oreja o por la influencia o el ejemplo de alguna persona del entorno de los diaristas, que ha actuado como estímulo. Muchas veces bastó ver a un familiar o a una amiga, concentrados en la escritura del cuaderno para que ese gesto adquiriera a la vista de la adolescente un prestigio cultural, espiritual o de mayoría de edad y quisiera imitarlo. En la encuesta se preguntaba por el motivo o desencadenante de la escritura del diario, y el resultado de las respuestas es muy variado, pero el hecho de que lo hayan conocido en la familia o por su mediación, es bastante revelador o indicativo del medio cultural de la diarista. A veces el regalo familiar de un cuaderno puede ser motivo de inicio de la escritura calendaria, pero si no hay otros estímulos culturales en el entorno de la familia, la práctica decae al poco tiempo. Si el incentivo del regalo no se inscribe en un marco sociocultural propicio, suele agotarse en sí mismo.

En cambio, cuando el ambiente cultural de la casa acompaña, el regalo se inscribe en una jerarquía cultural que valora este tipo de escritura. De hecho, para los que se desarrollan en un medio familiar en el que la cultura escrita no está presente, la práctica del diario se inscribe en un proceso de aculturación, y les supone renunciar quizá a su cultura para apropiarse de otra. Para los que, por el contrario, la cultura escrita forma parte del medio familiar, se trata de una práctica por integración en una cultura que le es propia. Veremos en los textos concretos como se registra ese doble proceso.

Por tanto, en el siglo XX, el diario ha dejado de ser un instrumento exclusivo de la formación de las jóvenes de la burguesía, para convertirse también en un hábito íntimo de las adolescentes y jóvenes de las clases populares. Pierre de Givenchy, el mentor de la asociación francesa, *Vivre et l'écrire*, que se ocupa, entre otras cosas, de la custodia y difusión de los diarios de los adolescentes, señala que el diario es una escritura que practican los jóvenes de todos los medios sociales y culturales. Y él tiene suficientes razones para afirmar esto, pues por su asociación han pasado miles de diarios adolescentes, que han sido depositados temporal o definitivamente en su archivo. A partir de la segunda mitad del siglo XX, la práctica del diario se «populariza» entre las adolescentes de las clases subalternas, aunque lógicamente siga siendo más frecuente entre las jóvenes de los niveles socioculturales más elevados. Es decir, a pesar de la uniformidad cultural actual, el diario sigue siendo uno de los hábitos más marcados socialmente, que sólo se diluye en grupos o circunstancias tan propicias e igualadoras como las mujeres adolescentes y estudiantes.

Por otra parte, los datos obtenidos en las encuestas permiten establecer una comparación con los rasgos más sobresalientes del diarismo decimonónico. Como ya se ha dicho, en el siglo XIX la práctica del diario estaba institucionalizada. Eran la familia y la escuela las que otorgaban a éste el carácter instructor y formativo. Precisamente por esto, el diario estaba abierto al tutelaje familiar o escolar o al menos era susceptible de ser leído por la madre o la maestra. En la actualidad, no parece que en el mantenimiento del diario pese mucho la escuela, pues en muy pocos casos de las respuestas a los cuestionarios y de los testimonios recibidos se cita ésta como motivo o estímulo del mismo.

Mayor parece ser la influencia de la familia, que en muchas ocasiones recomienda o estimula su escritura. De cualquier modo, la motivación de la familia es tanto mayor cuanto más presente está la cultura escrita en el ambiente familiar. Por eso, aunque la práctica actual del diario se presenta como libre y espontánea, no podemos ignorar que,

tras el estímulo a la escritura o el regalo de un cuaderno, late un deseo contradictorio de control decimonónico, aunque no se ejerza o sea muy remoto. Contradicción que a veces también alcanza a las diaristas, pues al mismo tiempo que defienden el carácter personal e incommunicable de su diario, negándole a la madre su lectura, echan en falta no poderle comunicar el diario o los problemas que se confían a éste.

El regalo del cuaderno, ofrecido a las jovencitas casi en exclusiva, cuando proviene de la familia o de personas vinculadas a la familia, como padrinos o amigos de los padres, encierra un doble y tácito mensaje. Por una parte es una incitación a la escritura, que el ambiente cultural de la familia mantiene o agosta, y también a la construcción de una identidad propia, por otra instituye, al mismo tiempo, la posibilidad del control familiar. Como dice Lejeune, refiriéndose a los diarios de las «señoritas» del siglo XIX: «Porque lo que caracteriza a la pedagogía católica, es encomiar el diario tanto como se pueda controlarlo, y combatir lo que se escapa. El reclamo está en el centro del sistema de control». De hecho una parte de la vida de estos diarios gira en torno a la trasmisión o no del diario a la madre, a su posible lectura indiscreta y al deseo contradictorio de comunicarlo o mantenerlo en secreto. La adolescente entiende que el diario es escritura de sí y para sí misma, en el que se encierra lo que quisiera que quedase en secreto y vedado a los demás, aunque la madre de hecho por consentimiento o por indiscreción lo puede leer a veces completa o parcialmente.

Ya he dicho que en el siglo XIX las jovencitas llevaban diario sobre todo para llenar ese tiempo de espera, el de la antesala del matrimonio, y lo cerraban al terminarse dicho periodo. Hoy la situación de las mujeres jóvenes o adolescentes es distinta. Trabajan o estudian, y aparentemente no esperan el matrimonio como en tiempos pasados, pero numerosas diaristas actuales, cuando se hicieron novias o cuando se casaron, reconocen haber dejado de escribir por imposición o sugerencia de sus parejas, acatándola para evitar problemas mayores.

La lectura de los diarios de las adolescentes

El *Diario de Antonia* y el *Diario de Ester* representan muy bien lo que significa esta práctica para las adolescentes, al tiempo que cada uno, en su singularidad, tiene valores propios. Como veremos a continuación, en estos diarios se confirman algunos de los lugares comunes admitidos, pero también se ponen en entredicho otros. En ningún caso pretendo elevar a categoría los rasgos de estos diarios, tan sólo quiero dar cuenta de la lectura amistosa de dichos textos.

En una de las preguntas de la encuesta citada, se indagaba en la finalidad de la escritura del diario. Las razones aducidas para llevar diario eran múltiples (deseo de comunicación incumplido, malestar o enfrentamiento generacional, en particular con los padres, necesidad de afianzarse en su identidad emergente, descargarse de las incomprendiones sufridas, etc.), pero dos se repetían sobre todas: «para poder recordar después», es decir, para guardar memoria de los momentos importantes, positivos casi siempre, y «para desahogo», descargarse de lo negativo. Ambos tipos de respuestas me parecen representativas y, aunque en apariencia son contradictorias, ejemplifican bien que unos escriben cuando están bien y otros cuando se encuentran mal.

Después de leer estos diarios de adolescentes, y otros que aquí no podré comentar, cabe añadir otra finalidad que me parece trascendental, y a la que se subordinan las anteriores: el diario cubre la necesidad de tener algo realmente propio y único, hecho por ellas mismas, con lo que identificarse. Umbral, uno de los escritores que mejor han captado líricamente la psicología adolescentes, señala que éstos son personas carentes de biografía, y el diario les colma la ilusión y la fantasía de poseer una vida privada, que en realidad no tienen.

El mismo gesto de llevar un diario personal, secreto para los adultos, alimenta esa «ficción» de lo que todavía no es y quisiera llegar a ser, pero que el diario va haciendo posible. Así lo expresa Ester en su *Diario*:

Me alegro mucho de tener un diario donde poder expresar mis sentimientos. Es una sensación indefinible la seguridad que da un diario que has confeccionado tú misma. Es como una obra maestra a la que cada día puedes añadir algo porque es inacabable, indefinida, es perfecta (22.XI.81).

Al leer los diarios de estas adolescentes, quizá cualquier diario inédito, a veces también los editados, conviene no ignorar algunas de sus particularidades o dificultades de lectura para no llegar a conclusiones erróneas:

1. Son discursos descontextualizados sobre el yo, que apenas nos proporcionan datos del origen y circunstancias de los diarios mismos. En mi caso los testimonios epistolares me han ayudado a situarlos para mejor leerlos, pero no por ello desaparecen sus zonas oscuras.

2. Los diarios, que en apariencia parecen dar muchos detalles y ser prolijos hasta la saciedad, resultan en realidad muy opacos y elípticos, pues se extienden sobre los sentimientos, reacciones, es decir, sobre las consecuencias, pero omiten con frecuencia sus causas. En los diarios de estas adolescentes los conflictos sexuales muchas veces aparecen de manera indirecta e inexplicable para un lector desprevenido. En el *Diario de Antonia*, por ejemplo, leemos con todo detalle las reacciones angustiosas por unos hechos que no se explicitan. Es decir, conocemos las consecuencias, pero ignoramos las causas. A veces el *Diario de Ester*, por lo general más informativo que el anterior, nos pone frente de su agudo malestar, pero sólo nos llega su desahogo impotente:

Hoy es uno de esos días en los que estoy tan enfurecida que, que..., bah, de qué sirve decirlo. De nada. Además no te lo puedo decir con palabras. Es algo que sólo se puede sentir en aquellos momentos de achaque. No puedo hacer nada (...). ¿Qué me pasa! Tengo ganas de chillar... (26. VI. 81).

3. Los diarios de estas adolescentes son por lo general monotemáticos. Se centran obsesivamente en algún tema: el sexo y sus sustitutos, los chicos, la fidelidad o la traición de las amigas, la relación o la

dificultad de relacionarse con los padres, etc. Es decir, se desentienden de todo lo que no tiene que ver directamente con el tema en cuestión. Es como si para ellas desapareciera el resto del universo, y habitasen solitariamente en una isla. Omiten sin premeditación todo lo que no tiene que aparecer, para focalizar e iluminar el centro de sus preocupaciones.

4. En tanto que crónica menuda del vivir cotidiano, estos diarios incurrn en la banalidad o en la superficialidad, sobre todo en su modalidad más infantil, punto de partida de los de la adolescencia en ocasiones (cfr. *Diario de Ester*). Sin embargo, a veces, esta banalidad es sólo aparente, puesto que, tras una extenuante relación de hechos y datos, los adolescentes pueden cifrar o esconder sus verdaderos sentimientos o intereses sin dar otras pistas. Algo así como ocurre en esos elementos (flores secas, etc.) y pequeños recuerdos que se añaden al diario, sin ninguna palabra de comentario, pues para la diarista es innecesario: éstos le evocan directamente lo que no se nombra ni se quiere nombrar.

«Sólo tengo doce años y ya sé lo que es una sala de fiestas» (*Diario de Antonia*, 12-13 años)

Este diario me llegó por mediación de un amigo común de la diarista. Lo escribió en un cuaderno (tamaño 18,5x14) de pastas duras de color verde, con hojas de canto dorado. En el mismo color también, escrito sobre la portada, se puede leer *Mi diario*. Evidentemente se trata de un producto manufacturado y comercializado con ese fin. Al comienzo le faltan un número indeterminado de hojas que presumiblemente ha arrancado la autora, según se deduce de la primera entrada, en un acto de autocensura literaria o moral. Consta de 76 páginas, todas escritas. El cuaderno es regalo de su abuela, según la misma diarista anota en la hoja de cortesía del cuaderno, y tal vez en este hecho anecdótico se encuentre la motivación o el desencadenante primero de su escritura. En esa misma hoja la diarista pega una pequeña foto suya a manera de autorretrato físico.

Lo primero que llama la atención es la disparidad entre la expresión escrita infantil y el precoz análisis introspectivo, resultado sin duda de una paralela precocidad vital. Así, en una escritura de letra grande y de trazos inseguros e imprecisos, con numerosas faltas de ortografías, de sintaxis y de puntuación, la diarista «discursea» consigo misma con cierta madurez para su edad, en un intento de explicarse y de conocerse: «¿Quién soy?», se pregunta en más de una ocasión, convirtiendo el conocimiento de sí misma en uno de los ejes importantes de su diario. Realiza la autora, por tanto, un doble aprendizaje simultáneo, el existencial, al que la fuerza de la incipiente adolescencia le arrastra, y el lingüístico-diarístico, en el que tantea con voluntarismo, pero sin modelos de referencia.

Es precisamente por la falta de dominio del lenguaje o de la disciplina diarística (que ella achaca siempre a su pereza) por la que no consigue una regularidad en las entradas. La escritura no crea un ritmo diarístico, es decir, una proporción o equilibrio entre las anotaciones y el paso del tiempo, porque la frecuencia es muy irregular, con grandes lagunas temporales y entradas muy extensas y distantes, aunque el diario, en honor a la verdad, nunca pierde la continuidad:

Desde el 15 de octubre no he vuelto a escribir y es porque me da mucha pereza (...). Ya no tengo doce años, sino 13 (26 de febrero de 1979, lunes).

A pesar de estos agujeros temporales, el diario posee unidad temática, pues, más que en la crónica cotidiana minuciosa, la diarista está interesada en anotar las reflexiones, que le desencadenan algunos hechos reiterados. O como ella apunta:

Dicen que los diarios son para escribir las cosas que nos pasan diariamente y yo sólo escribo las cosas a las que les estoy dando vueltas en la cabeza (29 de junio de 1978, jueves).

Las extensas entradas —más de diez páginas a veces— no tratan tanto de recapitular las lagunas como de abordar en sucesivas ocasiones el mismo o los mismos temas que la obsesionan. El tono y las

preocupaciones, que caracterizan a este cuaderno, quedan explicitadas desde la primera entrada:

He intentado muchas veces empezar este diario pero siempre sin éxito porque no me gustaba lo que escribía, o porque me parecían tonterías y lo he roto, pero esta vez es distinto, porque siento una fuerza dentro de mí que me impulsa a escribir mis ideas, las cosas que me ocurren y lo que pienso sobre todo lo que me rodea.

Hasta ahora no me ha gustado la vida que he llevado, he precipitado demasiado las cosas y esto sólo me ha llevado a darme cuenta de lo absurdo que es el querer ser mayor antes de tiempo. Sólo tengo 12 años y ya sé lo que es una sala de fiestas, lo que es salir corriendo para que no te besen, lo que es sentir los labios y la lengua de un niño junto a los labios tuyos, y la verdad no me alegro sino que me entristezco por ello y por eso he decidido cambiar desde hoy.

He decidido empezar de nuevo y la verdad es que me siento mucho mejor, he recuperado mi alegría y mi niñez que, a pesar de mi corta edad, se me estaba escapando (28 de junio de 1978, miércoles).

Sin embargo, al día siguiente, y en un rasgo de realismo y de madurez sorprendentes, recapacita sobre su irreal proyecto de cambiar de vida, y añade:

Esto de querer empezar una nueva vida no es nada fácil, o mejor dicho, es IMPOSIBLE, porque el tiempo no puede volver atrás.

Y unos días después apostilla:

Estoy pensando en la tontería que escribí el primer día que empecé el diario. Hace justamente una semana. ¿Cambiar de vida? ¡Qué «chalaura» como si fuera tan fácil! (5 de julio de 1978, miércoles).

De hecho, este conflicto atraviesa todo el diario y queda fijo de principio a fin, coincidiendo así de manera prácticamente simétrica la primera y la última entrada:

Esta tarde, cuando salí con mi primo me sentí más a gusto que nunca. Con él no me sentía incómoda y le hubiera contado un montón de cosas sin darme apuro alguno, ya que le tomé mucha

confianza. Estaba en que era distinto a todos, pero va y me dice que le gusto. Para mondarse, vamos. Yo no me lo creo pero sin embargo le dije que sí, y no sé por qué. Lo que más coraje me da, no es que se haya querido reír de mí, cosa a lo que estoy acostumbrada, sino que me temo que tal vez, casi seguro, que mi contestación haya sido sincera y él sólo quería saberlo por curiosidad, para aplicarse una conquista más a su repertorio. Porque yo no puedo gustarle, es imposible y menos viendo como quiere a la chica con la que sale en Barcelona. Ella le gusta de veras y que yo le guste es imposible. Yo quería decirle que no, y le dije que sí, SOY TONTA. Pero, ¿por qué demonios todos los chicos, hasta mi propio primo quieren reírse de mí? (12 de abril de 1979, jueves).

Es la lucha consigo misma, con sus propias contradicciones (no ser ya «niña pequeña» y querer volver atrás, su particular intento de conversión profano-religiosa y, sobre todo, su conflictiva vivencia de las primeras experiencias sexuales), lo que da aliento a la escritura y mantiene vivo el diario, a pesar de la pereza confesada de la diarista y de lo ajena que resulta a su medio social la cultura escrita.

Los dos conflictos que se manifiestan en este diario, los que absorben obsesivamente las anotaciones de la diarista, son el de la identidad personal y el descubrimiento de la sexualidad, y ambos problemas están tan ligados en la psicología de la adolescente, que sólo formalmente podemos separarlos. Este diario se inicia en ese justo punto, en que la muchacha, a caballo de una infancia, que está próxima todavía, y una etapa desconocida, cuyas fronteras sólo se vislumbran, pugna por hacerse una personalidad. La diarista es plenamente consciente de encontrarse en un momento crucial de su formación como persona, en el que está descubriendo o forjando lo que serán las bases de su identidad adulta:

...que soy una niña chica si es cierto, aunque la verdad es que sé mucho más de lo que sabe cualquier chica de 12 años. Eso sí, me hago demasiado la tonta y me callo todo lo que veo (...). Ella (una amiga) es todo lo contrario que yo, aunque la verdad es que no sé cómo soy yo. Quiero aparentar ser una niña pequeña (que ya lo hago, porque lo soy) y a la vez, pensar, no sé, de una

manera adulta, tener las ideas más claras y que sólo cuando me trataran supieran cómo soy. En fin, sólo sueños (7 de septiembre de 1978, jueves).

El 15 de octubre de 1978 repite casi el mismo argumento, pero al sentimiento de extrañamiento añade el de soledad, como único refugio cierto a su desconcierto:

No sé lo que quiero, no tengo personalidad propia, mis gustos son los que me digan los demás, hago lo que veo, sueño demasiadas cosas imposibles (...). Sólo quiero estar sola, es lo único que me apetece siempre. Y sueño con tener un amigo o una amiga, pero que lo sea de verdad para poder contarle detalle a detalle lo que me pasa y que me ayude, pero ese alguien no existe (...). Si yo pudiera estar segura de cómo soy, de quién soy, con eso me conformaría.

Muchas veces estos momentos de crisis de identidad se confunden en el propio diario con los problemas específicamente sexuales, incluso en muchas ocasiones la aparición de estos discursos son la emergencia indirecta o camuflada de éstos. Este diario, como otros de esta edad, revela su carácter elíptico y opaco al afrontar la sexualidad. Ésta no aparece nunca directamente, si acaso oblicuamente a través de algunas reminiscencias en forma de comentarios o arrepentimientos. El diario de Antonia arranca, sospecho, de una de esas crisis: presumiblemente la diarista ha tenido una experiencia sexual que la ha desconcertado, asustado o creado remordimientos, y el diario viene a intentar recomponer un equilibrio o una armonía anteriores, a la que, como ya se ha dicho, no podrá volver. Al menos en otras dos ocasiones se repite una situación similar a la que ya hemos leído en el comienzo del diario:

Me echó el brazo al hombro, cosa que me extrañó. Bueno no quiero dar detalles de lo que pasó, pero diré lo más importante. (No quiero dar detalles porque lo que quiero es olvidarme de esa chalaura tan tonta y si lo escribo, pues cuando lo lea pues me volveré a acordar). En fin se me declaró, mi propio primo, la verdad como no me fio nada de él no me lo creí (...). Me dijo que era en serio y al final le creí, pero como tengo hecha una promesa a Dios de no salir con niños, ni nada por el estilo, pues se lo dije (7 de octubre de 1978, sábado).

En definitiva nada se cuenta de lo ocurrido, pero una semana después anota los efectos en el diario, dando a entender las negativas consecuencias de aquel hecho:

Antes de lo del sábado parecía que ya estaba mejor, ya no lloraba ni nada, aunque le seguía dando vueltas a la cabeza, pero con lo que paso, lo de mi primo, me he puesto peor. Me cuesta mucho dormir, me siento sucia, me siento sola, perdida (...). La otra noche estuve a punto de explicarle a mi madre lo que me pasaba, pero no pude. No tengo a nadie a quien contárselo y dentro de mí es como un calvario, como si me estuviera muriendo entre cuatro paredes sin encontrar salida (15 de octubre de 1978, domingo).

Los diarios de las adolescentes parecen vivir de espaldas al contexto social en el que se desarrolla la vida de la diarista, quizás porque realmente lo están, concentrados en los problemas específicos de la edad que vengo comentando. Sin embargo, la dimensión social de sus vidas aflora esporádicamente en detalles mínimos o cuando los hechos tienen la suficiente contundencia para irrumpir en el mundo circular de la adolescente.

La extracción social popular de la diarista, aunque no se explicita, se manifiesta en las noticias «sociales» del entorno familiar que el diario encierra: el padre y los tíos, sin precisar la profesión, son obreros. Los problemas económicos de la familia o la falta de espacio en la vivienda se manifiestan ocasional e indirectamente:

Es tarde, hace un rato que terminó la película, me iba a poner a estudiar en la cama, pero no puedo porque mi hermano ha terminado de leer y no se puede tener la luz encendida, así que ha venido mi madre y me ha dicho que me vaya al salón (...) porque somos muchos y falta espacio (15 de octubre de 1978).

En muy pocas ocasiones el diario cuenta conflictos familiares y matrimoniales, y cuando aparecen, por ese aislamiento esférico en el que habita la adolescente, dan la medida de su envergadura:

Esta noche ha ocurrido algo en mi casa que no me lo esperaba.

Mi padre venía con dos copas y de mal humor, así que cuando vino me mandó a la cocina y apago la tele. Después nos llamó a mi hermano, a mi madre y a mí y nos leyó la cartilla a los tres. A mi hermano le dijo que si no quería trabajar que lo dijera y que si no le gustaba que cogiera sus cosas y se fuera. Igual me dijo a mí y como soy tan rebelde, estuve por decirle que en cuanto me buscara un trabajillo me iba. Pero gracias a Dios no salió más que un SÍ de mi boca. Pero lo que me hizo reventar fue que también se lo dijo a mi madre. Entonces cuando él se acostó, mi madre me dijo que si no fuera por los dos niños pequeños (7 años y 3 años) ya se había ido. Cuando mi padre dijo que si no, se iba él, ya no pude aguantar más. Me recordó aquel día que le pegó a mamá y se fue por unos cuantos días. Me han entrado ganas de coger la puerta y echarme a andar, pero como eso es imposible, pues me he conformado con asomarme por la ventana, y así he estado hasta la 1:30 que me he acostado (5 de julio de 1978, miércoles).

No es, por tanto, el de esta diarista un ambiente propicio a la escritura, ni por condiciones materiales ni por un entorno cultural familiar que valore la escritura. En razón de esto me atrevo a decir que este diario tiene un innegable interés social, pues ejemplifica bastante bien la apropiación de un instrumento cultural que en principio no pertenece a su cultura de procedencia. Ahora bien el conflicto principal del diario no es éste, sino una crisis identidad propia de la adolescencia: búsqueda, adecuación y extrañamiento ante un ser nuevo que aparece, vivido sobre todo en relación con el inevitable tema de los «chicos» y la manera de «gestionar» este problema con su madre, en la medida que ésta puede interferir, impedir, vigilar o aconsejar las «relaciones» en un momento de la vida en que todo es curiosidad e inquietud por dicho tema.

«¿Será normal lo que me pasa?» (*Diario de Ester*, 12-17 años)

Ester es una de las corresponsales que contataron a mis llamamientos en la prensa y una de las que me transmitió de manera más generosa sus diarios en aquel proceso de intercambio epistolar, que generó una grata corriente de confianza y

amistosa complicidad. El diario lo componen dos cuadernos del tipo *Mi diario*, ambos del mismo tamaño (21x16), pero de encuadernación diferente. El primero, que tiene las pastas duras de color verde, con los cantos de las hojas dorados, como doradas son las inscripciones de la portada y dorada la tópica cerradura de seguridad, abarca desde el 14.XII.1979 al 5.XI.1982. El segundo, de diseño más moderno pero igualmente «femenino» como el anterior y con el consabido cierre con llave, va del 6.XI.1982 al 18.I.1985.

El primero tiene 200 páginas y, según consta en el interior, es regalo de sus padrinos y el segundo, 134 páginas escritas, con dedicatoria incluida, es regalo de su madre. Al terminar el primer cuaderno, continúa el diario en once folios, escritos por ambas caras, que dobla y guarda al final del primer cuaderno. El segundo está incompleto, quedan en blanco 10 hojas. Entre el final de la escritura cotidiana y estas páginas en blanco hay 3 páginas de anotaciones, escritas en catalán con una letra ya adulta, que son el colofón de la historia sentimental, que había ocupado las últimas entradas, y cuyo final parece que determina la «muerte» del diario.

Este diario obedece sobre todo a una necesidad de definición y búsqueda personales, como se comprueba en su desarrollo. Al mismo tiempo, muestra cuánto le debe la afirmación del yo íntimo al dominio de la lengua escrita y al autoaprendizaje de la forma expresiva diarística.

La diarista, que gana en madurez caligráfica según avanza el diario, tiene una ortografía casi perfecta y una variedad de recursos expresivos tal que sólo se explican por el contacto con un ambiente propicio a la escritura. En alguna ocasión comenta estar escribiendo «un libro», haber ganado un concurso literario (19.IV.1981) y sus buenos resultados de estudiante. Le gusta la música, toca la guitarra y canta, y a cuenta de esta afición tiene alguna que otra fantasía adolescente de notoriedad pública. Lee asiduamente, siempre comenta algo en el diario cuando termina un libro: el *Diario de A. Frank*, que, como ahora veremos, tanta influencia tiene en la escritura del suyo, *Dar. Diario de Ana María*, de M. Quoist, que ejerce también una

importante influencia moral, según el suyo avanza, *Misericordia* de Galdós, *La vida sale al encuentro* de Martín Vigil, entre otras muchas lecturas que irán apareciendo con el paso de los días. La autora se ha desarrollado en un contexto familiar de estímulo cultural. Sus padres son profesores. En el aspecto socio-cultural está en las antípodas del *Diario de Antonia*, aunque sus preocupaciones adolescentes sean prácticamente las mismas.

Tanto las noticias que convulsionan al país por aquellas fechas (terrorismo, golpe de estado, el miedo a una posible guerra civil, la colza («neumonía atípica» escribe ella utilizando la expresión errónea y gubernamental de aquel triste envenenamiento del aceite fraudulento), como los protagonistas de la vida política son conocidos por la diarista. Esto denota con claridad un acceso continuo a la información, que responde con toda probabilidad a un interés de sus padres, que no aparecía en el de Antonia. Pero salvo que algún atentado le quede cerca o algo le afecte de manera especial, como el miedo a la guerra, dedica apenas unas breves frases de comentario, para volver a los temas que la absorben.

Las primeras entradas responden con bastante exactitud a la idea del diario infantil: crónica escueta y banal de la rutina diaria. La niña anota los pequeños o grandes acontecimientos sin ningún comentario personal:

Hoy a las 9:15 de la mañana han avisado al colegio de que había una bomba. Hemos salido todos a la calle y ha venido la policía. No han encontrado nada, pero hasta mañana no iremos al colegio. Por la tarde estaba enferma y me ido a la cama muy pronto (24.III.1980).

Las entradas se espacian cada vez más. Las anotaciones adolecen de rutina, el «no pasa nada» se apodera del diario y se repiten las frases del tipo: «Hoy ha sido un día como todos los demás...» (10. IV.1980). Después de casi nueve meses, sólo 6 páginas ha escrito. Todo parece indicar que el diario va a naufragar por falta de materia y aliento, pero justo en ese momento, como por arte de magia, la diarista se inventa un destinatario ficticio, su amiga Olga —clara deuda con la Kitty del *Diario*, de A. Frank, que está leyendo— y el diario da un giro

completo: se problematiza y se enriquece con matices personales y expresivos. Es una verdadera epifanía diarística. La escritura y el contenido ganan enteros y su lectura nos enseña un ejercicio introspectivo, delicioso y profundo, que a mí, debo reconocerlo, me ha cautivado. Claro que yo como esos enamorados que no ven más que cosas hermosas en sus enamoradas, no encuentro en este diario más que aciertos.

Pero repito, esto sólo empieza a funcionar cuando la escritura comienza a ser transitiva, aunque para ello se sirva de un interlocutor ficticio. El hallazgo de una forma adecuada, en este caso la imitación de un modelo prestigioso, hace finalmente posible el desarrollo del diario. Así dice la entrada referida (22.IX.1980), que comienza con un estilo diarístico infantil, para trasmutarse a la mitad:

Hace mucho tiempo que no escribo en el diario. Hoy escribo de nuevo, y a ver si consigo escribir todos los días. Ha sido un día como todos, más o menos. Ahora al salir a las cinco del colegio, las tardes se me hacen muy largas, y no sé qué hacer. Hoy he acabado los colores dichosos aquellos de acuarelas. Y a esperar con impaciencia el día de mañana.

Verás, hoy se me ha ocurrido una idea, y será que para que la lectura de este libro no resulte tan monótona, me siento inclinada a contarle la vida a una amiga, y esa amiga serás tú. Bien Olga, te diré para empezar cómo soy. Soy una niña, Ester, de 12 años, el 8 de noviembre haré 13. Estatura normal para mi edad, ojos marrones muy claros y cabellos castaño claro. Bastante buena para los estudios y la música. También escribir me apasiona. De acuerdo Olga. Tú serás la que compartirás mis alegrías y mis penas, junto a mi mejor amiga, Chus. Es muy buena chica y siempre nos lo contamos todo. Todo menos una cosa que por ahora no le puedo decir. Bien, a ti te la diré, y es que la regla me vino en diciembre, y yo le he dicho que en julio. Por lo demás, no tenemos ningún secreto, vamos, digo yo. Se despide por hoy

Ester

La invención del interlocutor ideal resulta clave para paliar la soledad de la que nace y, paradójicamente, se alimenta el diario. Desde ese

momento, y hasta el comienzo del segundo cuaderno, en el que Olga desaparece como interlocutora de la diarista y en el que ésta abandona la forma epistolar, las interpelaciones a aquélla serán continuas. De este modo, se hace bien patente cómo la invención ficticia se convierte en medida y expresión del sentimiento de soledad:

¿Dónde te encuentras? Mas sólo yo oí el eco de mi pregunta (...). ¿Dónde estás ahora? ¿Me oyes? O eres sólo un personaje creado en mi imaginación. Sí, me inclino a pensar esto. Tú eres perfecta (...). Desde hoy estarás siempre a mi lado como el Ángel de la Guarda —reitera la diarista apelando a Olga— (Martes, 29.IX.1981).

El diario se va a hacer cada vez más complejo. Si comparamos, por ejemplo, el autorretrato físico inicial (22.IX.1980), que denota un carácter estable, con el que hace el 14 de marzo de 1982, en el revés del dibujo de una joven, que cara al viento se sujeta con una mano el sombrero y en la otra lleva un ramillete de flores silvestres, la diferencia resulta muy relevante:

Mi imagen. La imagen de alguien romántico que siempre intentó superarse y cambiar para ser aceptada y que por ahora nunca lo ha conseguido. Ojalá todo se tratara de soportar un viento contrario. Son muchos los que soplan, pero de todas maneras vale la pena vivir y sentirte feliz aunque sólo sea a veces.

El equilibrio y la seguridad de la diarista son, por tanto, efímeros. Se sabe o se quiere diferente a los demás, y si, por una parte, en la diferencia encuentra la causa de conflictos o malestares varios (soledad, incompreensión, cuestionamiento de todo su ser), por otra, la conciencia de ser distinta al resto, de no participar de los valores y gustos de la mayoría, le otorgan a esta diarista un impreciso y contradictorio complejo de superioridad: creerse única y con una estatura moral superior. Dicho de otro modo, si por un lado se afirma y se reafirma en su individualidad frente al resto, por otro puede llegar a sentirse la más desgraciada de las muchachas:

¿Será normal lo que me pasa? ¿Les sucederá a todos los adolescentes lo que me ocurre a mí? Cada día que pasa y veo que sigo sin conocer a

nadie, contemplo alejarse mis esperanzas y aumentar mis deseos de tener a alguien en quien confiar y dirigirme en todo momento, en este caso ha de ser un chico (...). Quiero conocer a alguien diferente a los demás que se sienta atraído por mí y que encuentre en mí todos sus ideales (...). Luego veo la realidad difusa ante mí. No quiero pensar en el futuro, porque sé cómo va a discurrir mi vida y creo que nunca le encontraré. Envejeceré y seguiré todavía soñando algo imposible. Y llegará el día en que el viento se llevará los restos de ese sueño y entonces me desgarraré en dos (Domingo, 31.I.1981).

La soledad, buscada y temida al mismo tiempo, se soporta como una carga o se desea como un regalo, cuando la adolescente quiere afirmarse en su desgracia:

Maldita la gracia que me hace quedarme a solas con mis confidencias, pero es que verdaderamente no soy capaz de abrirme al mundo (20.III.82).

El resumen a estas situaciones reiterativas se lo pone la propia diarista:

¡Soy tan incomprendida y estoy tan sola! (7.II.1982).

La madre es la gran ausente en esos momentos de desesperación, que le hace confesar un deseo secreto de comunicación con ella:

Si alguna vez mi madre lee esto, comprenderá muchas cosas que ignoraba de mí a pesar de ser su hija (25.IX.81).

Sin embargo, un año mas tarde, el diario recoge las confidencias con la madre que ahora parece que le aconseja:

El otro día hice confidencias con mamá, quiero decir que le conté que me gusta un chico que se llama Gerard, que va al 2º B, etc., y ella me contó cuando era joven y salía con chicos. Fue realmente divertido, y me di cuenta además de que mamá es más comprensiva de lo que pensaba (Martes, 26.X.82).

Pero esta es la única vez que se registra algo así, porque el verdadero motivo central, el que acapara el diario, y que la diarista vive de manera

angustiosa, es la soledad, acentuada por su carácter tímido y retraído. En ese contexto el diario cumple un papel trascendental, como refugio en el que guarecerse frente al exterior y como vía de escape en el que expresar libremente lo que no se sabe cómo ni a quién decirlo:

Mi diario **significa** un gran consuelo para mí, pues sin él no sé lo que haría. Cuando me desespero escribo lo que siento y, mira, la furia se me pasa y empiezo a ver más claramente la realidad (Domingo, 1.III.1981).

El primer cuaderno, a pesar de centrarse en temas como la soledad, la timidez y la incompreensión de los padres, presenta, a pesar de la impresión errónea que pudiera dar mi comentario, una gran variedad de temas y de registros. El segundo, por el contrario, se hace monotemático y reiterativo, como suele ocurrir en los diarios de las adolescentes, cuando aparecen en el horizonte los «chicos», eclipsando con su omnipresencia cualquier otro contenido. La diarista se da cuenta de esta limitación y la anota. Como es consciente de la acumulación de repeticiones, se pregunta hasta qué punto tiene sentido escribir un diario así. Lo intuye ya en el comienzo del segundo cuaderno:

Hoy estreno diario (...). No me siento con muchos ánimos de seguir escribiendo. No tengo casi nada que contarte fuera del Gerard. Ahora me llega la edad de los «chicos», y los problemas sobre salir o no salir (Sábado, 6.XI.82).

Desde esta perspectiva, el diario da cuenta de manera pormenorizada de la contradictoria relación con su primer amor, como un rosario de avances y retrocesos, ilusiones y desilusiones. Así cuenta el comienzo de la que será la relación más importante del diario:

Del chico que te hablé el otro día. Estoy muy contenta, pero a la vez estoy muy triste. El siente por mí algo más hondo que yo por él. Hay algo de él que me gusta pero nada más (...). No quisiera herirle ni hacerle daño, pero va a ser difícil, puesto que desde que me ha regalado la rosa lo veo como otro. Es como si intentara evadirle (*sic*), y lo peor es que se da cuenta (...). Su voz y sus palabras resuenan constantemente en mi interior, y me hacen sentir culpable. Es tan dulce y tan amable

que no se merece mi frialdad e indiferencia. No puedo soportar su mirada franca sobre mí, y me giro o disimulo o me pongo hablar (...). Lo malo va a ser cómo tratarle. No sé ni como he aguantado hoy todo el día junto a él sabiendo que siente algo por mí. Es un sentimiento confuso y créeme que siento no poder ser más amable con él. Mi carácter es así. Creo que evito estar a solas con él porque parece que en cualquier momento me va a hablar de cosas de amor o algo así. ¡Qué mala es esta enfermedad! Y lo malo es que no hay cómo salir de ella (Día de Sant Jordi, viernes, 23.IV.82).

A partir de este momento, la relación se estanca y se repite:

El chico de la rosa me sigue persiguiendo como un conejito asustado. Yo ya ni le hago caso. Casi, casi le odio. Hay algo en él que no soporto verlo. A lo mejor se piensa que voy a hablarle como si fuera especial o algo así. ¡Pobrecillo! ¡Qué ingenuo! Dicen que las mujeres somos crueles. Yo no entiendo de eso, pero es que al pobre se le nota a la legua que le gusto. Podría hacer algo por evitarlo ¿no? Todavía soy muy joven y quizá estoy equivocada (Viernes, 21.V.82).

Finalmente, la diarista se encuentra presa de sus propios y contradictorios sentimientos:

Necesito verle, hablarle, porque si no creo que me voy a morir. Soy muy egoísta, eso ya lo sé, porque me sentaría muy mal que un chico me dijese: «Quiero que yo te siga gustando. Tú a mí me caes muy bien, pero no te hagas ilusiones, porque de amigos no pasa». Y eso es lo que pienso yo, lo que deseo. Está muy mal, ¿verdad? Pero es que necesito que alguien me aprecie o aún más. Ya no es un deseo, es algo mucho más profundo que forma parte de mí. Parece tonto, una burrada. No sé cuál es el objetivo, porque con hablarle, no se soluciona nada, pero es así. Yo esto no me atrevo a contárselo a nadie, porque se burlarían de mí. Ya no sé que hacer. ¡Quién podría imaginar todo esto? Me pasan las cosas más tontas. Primero me «enamoro» del Marcel, un chico más pequeño que yo al que hace años que conozco, y ahora me pasa esto que no se puede definir. Parece una locura o una obsesión. Es que no tiene sentido (...). Me gustaría volver a hacer 1º de BUP. Todo es un lío (Lunes, 4.X.82).

No merecería la pena casi detenerse de nuevo en el precoz y contradictorio tránsito y cambio de la

infancia a la adolescencia, ya visto en el anterior diario, si no fuera porque aquí aparece con matices diferentes:

¡Somos ya tan viejos! ¡Qué hermoso sería volver a ser niños y volverlo a vivir de nuevo, con todas las experiencias pasadas! *El tiempo ha pasado y nuestra oportunidad con él.* Adiós dulces y antiguos momentos y adiós a los presentes, que, tal vez dentro de algún tiempo, puedan convertirse también en dulces, ya que lo que apreciamos es el pasado y sus experiencias, y en cambio el presente lo desaprovechamos sin darnos cuenta de ello (Miércoles, 14.X.81).

Motivo que en otro contexto ya había expresado anteriormente:

...siento añoranza de cuando era pequeña. (Viernes, 26.VI.81)

Estos comentarios no son sino ejemplos del miedo y preocupación por el futuro y por la recién estrenada responsabilidad:

¡Cuánto he cambiado en un año! ¡Me da tanta pena crecer! (Sábado, 7.XI.81).

Por último, unos meses después, la diarista apostilla ante las dificultades de la nueva etapa:

Si esto es adolescencia, más valdría ser niña (7.VIII.82).

Finalmente la lógica temporal y el deseo de escapar a esa red de impotencia, en la que la adolescente se lía, aflora y se impone en el diario:

¿Sabes?, estoy sufriendo un cambio, pero no como los que te hablé ya. Ahora es mi carácter el que se transforma. Mis deseos, mis inquietudes han cambiado además de la vida. Cada día me veo más lejos de mis padres. Ahora que es cuando más los necesito, mi corazón lucha por ser como antes, pero mi cuerpo, ¡ay mi cuerpo! Va como loco, les contesta, les reprocha y a veces ni les hace caso (Martes, 2.II.82).

Siendo la sexualidad una de las mayores preocupaciones de la adolescencia, no suele aparecer en los diarios casi nunca de manera

franca, si acaso de forma oblicua o elíptica, como ya se ha dicho. En general los diarios de las adolescentes son muy poco precisos, bastante indirectos y metafóricos en este tema, comentan más las consecuencias o el malestar consiguiente que los hechos mismos. El de Ester es en este sentido singular sobre todo en comparación con el de Antonia. Frente a la omisión casi sistemática de los temas sexuales en el anterior, éste es mucho más informativo, sobre todo a partir de la primera relación amorosa a los 16 años. Aquí se encuentran todas las preocupaciones, anhelos, miedos, curiosidades y desinformación del despertar sexual de una adolescente. Por su gran interés social, psicológico y humano, transcribo algunos fragmentos del diario:

La mayoría de las chicas de mi clase no hacen más que hablar de lo que sientes cuando te morreas con un chico. Por eso no es extraño que tanto yo como la Pili, la Chus, la Gema, etc., tengamos ganas de sentir esa sensación, aunque sólo sea una vez (Lunes, 16.II.81).

Hoy en las piscinas estaba también el Santi. Yo creo que estoy hipersensible porque cuando le veo siento un impulso magnético, y cuando veo a algún otro chico guapo me pasa igual. ¿Sabes?, cuando el otro día vi una película sobre una historia de amor, deseaba que por primera vez alguien me besara, y todavía no se me ha pasado ese sentimiento. Es que creo que debe ser bonito, mucho. Hay chicas que a mi edad ya han llegado al tope. Yo ya ves, aún soy un bebé. Simplemente desearía eso. Ahora estaba imaginando lo que ocurriría si alguien de repente me besara (conocido, claro). Seguramente le daría una torta y me pondría a llorar. Me sentiría como si hubiese perdido algo de mí. Me gustaría saber a qué edad por lo general es en la que las adolescentes reciben su primer beso. Es un absurdo pero quiero saberlo. No sé qué deben pensar mis amigos sobre esto (Jueves, 1.VII.82).

Las novedades y los misterios se suceden, las preguntas que no encuentran respuesta, las dudas, miedos y culpas son un rastro que van engarzando el diario:

¿Qué quiere decir masturbación? —se pregunta la diarista— (...) Estaba en el diccionario pero no acabo de captar su total significado (2.XII.81). Muchas veces me pregunto si lo que me pasa por

la cabeza en ciertos momentos es pecado. Es que me ocurren unas cosas muy raras. Desde pequeña, cuando estoy sentada, me empiezo a mover hacia delante y hacia atrás, pero desde hace un tiempo, el movimiento viene acompañado de escenas: yo en poder de quien sea, dejándome hacer. ¡Dios mío! Me da vergüenza nada más el pensarlo. Esto sólo me ocurre cuando estoy sola. Yo lucho contra ello, pero es una fuerza superior a mí y me vence. Luego cuando «las ganas» han pasado —me resulta difícilísimo escribir todo esto—, pues paro y la mayoría de las veces me hecho a llorar pidiéndole a Dios que me dé fuerzas para poder evitarlo. Porque sé que me hace mal, mucho mal. Sé que necesito confesarme, y mamá siempre me lo repite, pero es que no me atrevo, me da miedo. Todo en mi cabeza da vueltas (Jueves, 16.IX.82).

Hoy penúltimo día del curso, el Gerard me ha besado en los labios. Es la primera vez que un chico me besa (...). Yo ya presentía que iba a hacerlo, es algo que se huele y no se puede expresar (...). Yo, la verdad, no estaba nerviosa, pero quería saber en que iba a acabar aquello. Al final se ha decidido. Se inclinó sobre mí y eso. Luego murmuró un «adéu» y cerró la puerta del ascensor. Nada más. Me quedé atontada, perdí la noción del tiempo. Es mi pequeño secreto, nuestro pequeño secreto, vamos. (...) Voy a intentar dejar de nuevo lo de las masturbaciones. Me ocasionan un desequilibrio total, me hacen sentirme mal, culpable, pecadora (Jueves, 7.VI.84).

Me gusta que el Gerard me coja, me abrace, me pellizque en las piernas y la cintura (Jueves, 13.XII.84).

Algunas constantes representativas

Aunque, al finalizar la lectura de estos diarios, no podré concluir algo definitivo sobre un *corpus* tan exiguo, me gustaría al menos recapitular sus aspectos más representativos, con respecto a lo que suponemos que debe de ser dicha práctica entre los adolescentes, y las principales variaciones con respecto a ésta.

Los cuadernos de Antonia y de Ester tienen en común ser diarios de la cotidianidad de las adolescentes o, mejor, de cómo viven lo cotidiano estas jóvenes. Son, por supuesto, una crónica del

día a día, de la rutina y de los escasos acontecimientos que la alteran, pero esto no quiere decir que su información sea histórica ni completa. En primer lugar, porque estos diarios como cualquier otro diario son escritura autorrepresentativa, con lo que eso supone de sobrentendidos interesados y de pose ante el espejo. En segundo lugar, porque estos textos tienen un encaje social contradictorio, pues si de una parte la diarista, en su fuero interno, tiene de su práctica un alto aprecio, de otra, no deja de vivir hacia fuera ese mismo hábito de escritura íntima como una falta, susceptible de ser criticada por los demás, por los adultos sobre todo. En las diaristas suele haber, como consecuencia de esto, un aprecio ambivalente de su propia escritura. La opinión de una de las diaristas anónimas que colaboraron conmigo en el libro ya citado revela muy bien esta contradicción:

La verdad es que cuando pienso en este diario, pienso en él como mi mejor amigo y mayor enemigo al mismo tiempo. Amigo porque sobre él vierto todas mis emociones, decepciones, dolores, alegrías, pensamientos, etc. Y enemigo porque no sé qué voy a hacer con tanto material dentro de un tiempo. Cada vez ocupa más espacio y temo que alguien ajeno a mí pudiera llegar a él. Es un pensamiento extraño...

En muchas de sus partes, como lo son o lo serían los «literarios», si no se «retocasen» para su publicación, estos diarios resultan reiterativos y centrípetos: una vez fijado o hallado «el tema» del diario, la diarista «se consagra» a él, le da vueltas hasta la saciedad, se le hace único y obsesivo. Por el contrario, frente al cálculo de los publicados, tienen a su favor el de ser verdaderamente íntimos, en su doble sentido de inéditos, pues se escribieron sin la intención de ser publicados, y porque muestran, en trance de constitución, su ser más personal con una sinceridad tan clara en sus estrategias y disimulos, que nos resultan entrañables. En mi opinión, estos diarios de las adolescentes conservan mejor las esencias que hicieron interesante al diario como género autobiográfico, que esos neo-diaristas intelectualizados y pretenciosos, tan frecuentes ahora.

Sin embargo, aunque a sus autoras no les movió, al escribirlos, ni remotamente el ánimo o la previsión de su publicación, no quiere decir que

estos diarios sean escritura intransitiva o sin destinatario externo, sino más bien textos a la búsqueda o espera de un lector amigo. Salvo que se escriba y se destruya simultáneamente, como hacen algunos diaristas (incluso en esos casos habría que ver de qué forma se organiza el discurso, el por qué de esa urgente destrucción y demás circunstancias de la práctica), el diarístico es un texto que tiene o diseña su lector ideal, su cómplice. En la adolescencia ese amigo o amiga, lector ideal, a quien confiarle el diario o el contenido del diario es muchas veces la madre, como hemos visto en el diario de Ester y podemos leer en el de Antonia:

Mi madre ha cogido esta noche el diario pero sólo ha leído un poco. A mí no me importa que lo lea, pero me gustaría que lo hiciera alguna vez (si es que lo quiere coger) cuando yo no esté y después me aconsejara y me diera opiniones sobre lo que hago, pero sin yo saberlo (7 de septiembre de 1978, jueves).

Además creo que, y esto no afecta sólo a los adolescentes, muchas personas que han llevado diario de manera intensa y prolongada durante una

parte de su vida, en un determinado momento de ésta, el diario les «pesa». Pueden sentir la necesidad de transmitirlo o comunicarlo a una persona que lo lea y entienda con respeto, como una forma de liberación y de cotejo con otros diaristas. Lo creo, sobre todo, por mi papel como interlocutor ocasional de más de cien personas, que en distinta forma y grado me han escrito sobre su diario y, sobre todo, por aquéllas que me han franqueado todo o parte de su diario.

Debo ir terminando. Salvo milagro estos diarios irán a parar, con toda probabilidad, a un nostálgico desván o a un utilitario trastero, y con peor suerte al fuego o al reciclado del papel. Esto será desgraciadamente así, a pesar de que los diarios de las adolescentes del final del siglo XX son ya documentos históricos valiosos, de evidente interés antropológico y psicológico, incluso literario en algunos casos. Por mi parte, confieso que he sido ganado por estos diarios e impresionado por la madurez de estas chicas en la «edad del pavo». A ti, generoso lector, me gustaría haberte despertado la curiosidad y el respeto por estos textos.